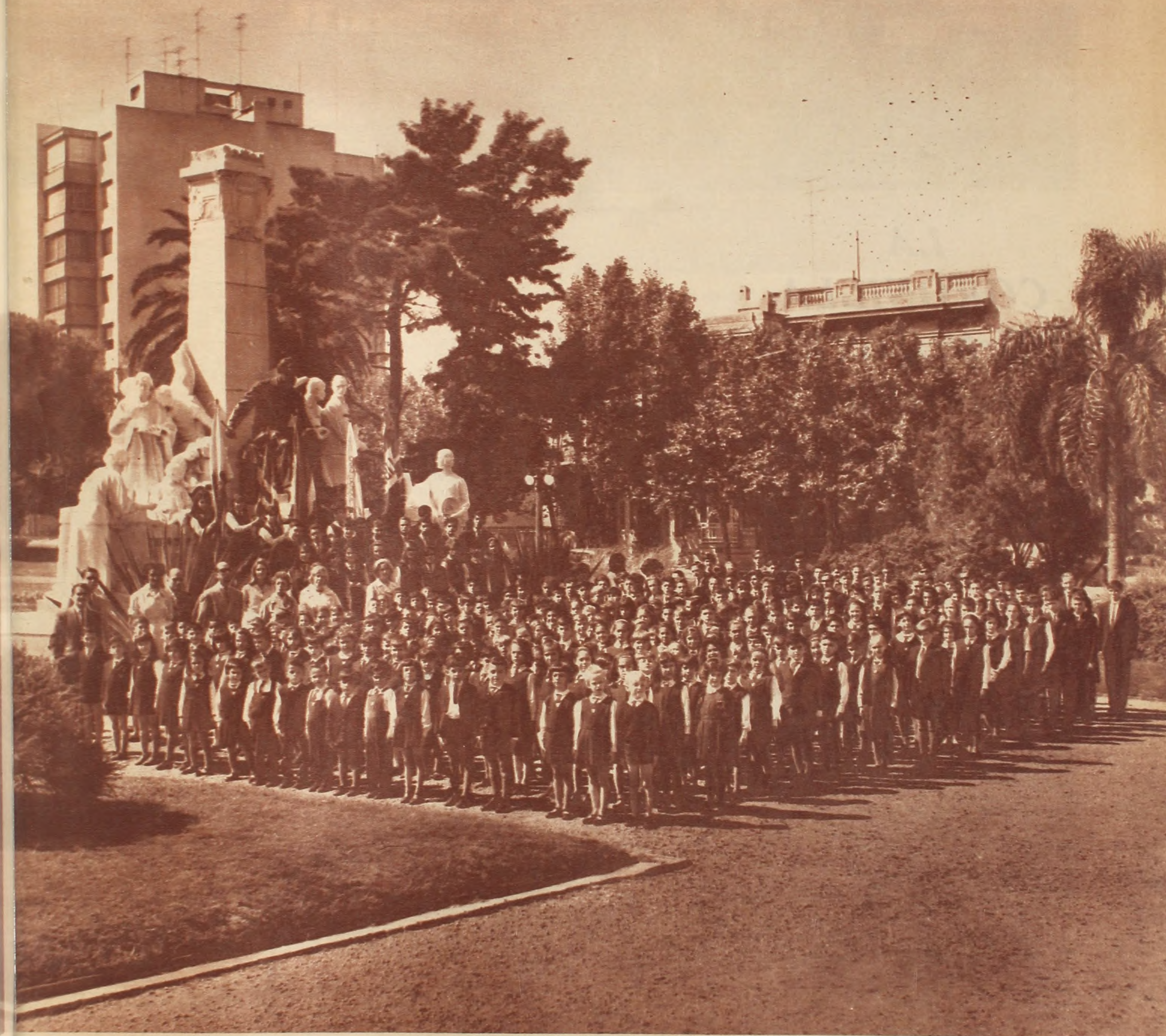
AÑO XXXIII — Nº 1629

EL DIA

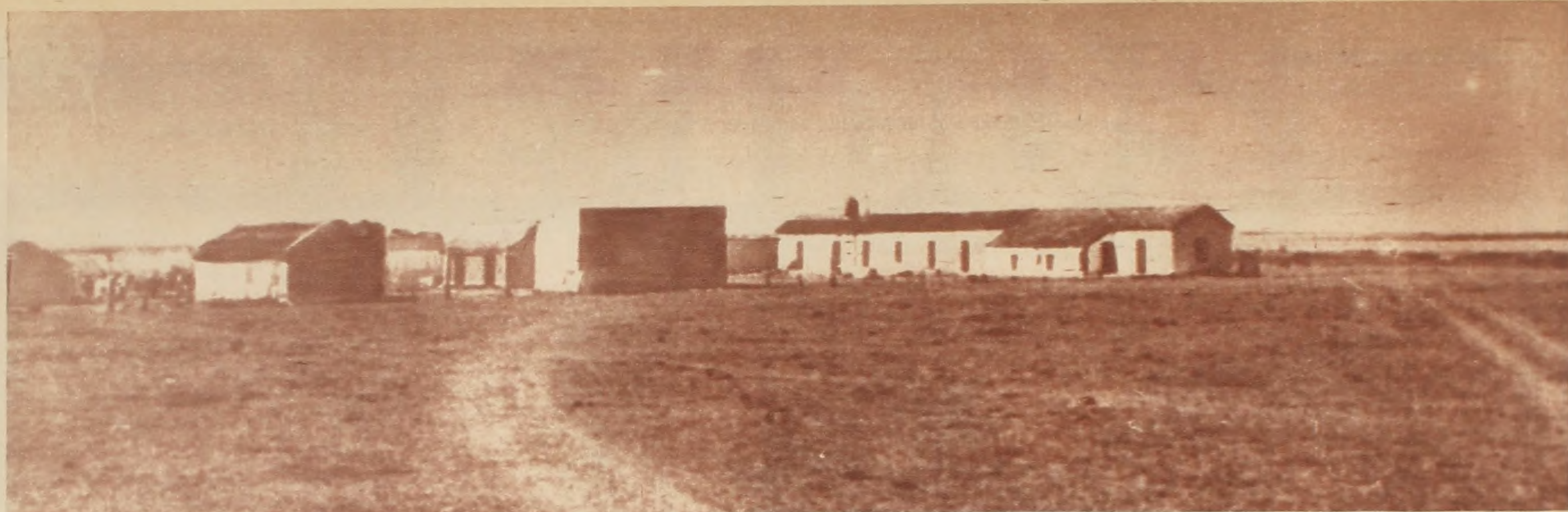
MONTEVIDEO, ABRIL 5 DE 1964

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



HOMENAJE A JOSE PEDRO VARELA
(Fotografía Juan Caruso)

Conmemorándose el aniversario del nacimiento de José Pedro Varela, ilustre reformador de la enseñanza, se realizaron numerosos actos cumplidos por alumnos de diversos institutos de enseñanza. La fotografía ilustra uno de esos actos, ante el homenaje que perpetúa la memoria del maestro.



Primitivo parador de La Coronilla tal como era hace 35 años.

LA CORONILLA DE NUESTRO LITORAL MARITIMO

EL nombre proviene de vieja data. Dice don Andrés de Oyarvide, segundo piloto de la Armada, en su memoria geográfica de 1784, descriptiva de los lugares por donde actuaba la segunda partida demarcadora de límites en la parte de la misma relacionada con "la derrota por el camino entre Santa Teresa y el arroyo del Chuy": "a este paraje llaman La Coronilla por criarse algunos arbustos de esta especie en las inmediaciones"...

Hoy día sólo se conserva el recuerdo muy borroso de la existencia de ellos, lo que no debe extrañar dada la penuria de montes naturales en estos parajes.

En nuestro litoral marítimo las playas de La Coronilla han alcanzado legítimo prestigio entre el turismo que visita nuestras costas.

La presencia majestuosa del océano es factor preponderante del paisaje cuyas cambiantes manifestaciones recogen los sentidos impregnados del color prodigioso de sus aguas y de esa voz de acento milenario, dominante y bronca que es trasunto de la tremenda potestad del mar al través de todos los tiempos.

Salitrosas y firmes sus arenas revisten la línea graciosamente arcada de una costa extendida hasta las imprecisas lejanís donde el mástil apenas perceptible del faro del Chuy aparece desdibujado en un horizonte de brumas y ensueño; de una costa abierta y expectante frente al infinito inquieto y solemne del mar.

Una sucesión de barrancas de siete u ocho metros de altura marginan la playa aproximadamente a un centenar de metros del océano. Cuando éste embiste furioso impulsado por el llamado "viento brasileño" —del NE.— crecen sus aguas que cubren la costa hasta las inmediaciones de esta línea barrancosa, límite natural de los terrenos firmes que ocupa el balneario.

Andando sin propósito definido a la vera del océano, sobre arenas firmísimas donde pueden deslizarse con absoluta seguridad toda clase de vehículos hasta mucho más allá de los límites de la patria, nos sobrecoge de pronto la proximidad de su inmenso dominio, tan a nuestra mano. En efecto, no son sólo los ojos los que se extasían en la contemplación de sus vastas extensiones desde donde recogen subyugados el movimiento infatigable del color, eterno vaivén de matices del gris plomo o del azul, cuando no por el traslúcido e impoluto verde marino de las olas que se acercan envolviendo la luz; sino que desde ellas recibimos el aliento húmedo de las aguas, impregnado de sal y de yodo, húmedo aliento de mariscos, algas y resaca, y la tremenda voz del mar, acariciadora o bravía, narradora siempre del misterioso arcano de sus profundas entrañas; vieja y siempre nueva canción que atraviesa la historia de la humanidad como una excitante invitación a la aventura viajera hacia otros horizontes; bajo otros cielos.



Perspectiva del Canal Andreoni.



El Cerro Verde o Punta de Los Loberos; cantos rodados y rompientes.

En las playas de La Coronilla no debe buscarse el bullicio de las reuniones mundanas; el animado ambiente de las salas de juego; la predominancia excesiva del ejercicio de los deportes; constituye su encanto y el atractivo mayor que en ellas encuentran sus asiduos visitantes, su condición de lugares de pleno descanso para el espíritu y el cuerpo en el seno generoso de una naturaleza excepcional.

Por otra parte en sus inmediaciones existe siempre la posibilidad de realizar interesantes excursiones y paseos a lugares de subyugante belleza, o de indiscutible atracción turística: tal el Parque Nacional de Santa Teresa, la Laguna Negra, el Pesquero de La Coronilla, la Punta de los Loberos o Cerro Verde, la Barra de Chuy, la Fortaleza de Santa Teresa, el Fuerte de San Miguel, el Chuy, el Potrero Grande y tantos otros.

Por menos frecuentado como también por las características poco comunes de su conformación, destacamos el Cerro Verde, a escasos kilómetros del Parador y de los hoteles, adonde es necesario trasladarse a pie, a caballo o en jeep, debido a las arenas sueltas y a los médanos existentes en un breve trayecto de la costa.

Cerro Verde es un promontorio de dos o tres decenas de metros de altura que se adentra en el mar frente a los islotes de La Coronilla; está coronado por una vegetación áspera, enmarañada, fuertemente tendida hacia tierra por la permanente acción de los vientos procedentes del mar. De ahí la razón de su nombre.

En lo alto existen glorietas naturales constituidas por la áspera ramazón de los arbustos achaparrados, desde las que se columbran los islotes vecinos y la orla de espuma que forman los tenaces embates del océano sobre sus arrecifes.

Unos treinta y cinco años atrás era La Coronilla lugar desierto carente en absoluto de todo recurso que permitiera al viajero hospedarse en él y alcanzar el disfrute de una permanencia — por breve que fuera — en la proximidad de sus magníficas playas.

Y era difícil también llegar de tránsito por los fatigosos caminos de aquella época, para luego albergarse con ingentes dificultades en los modestísimos "hoteles" del vecino pueblo del Chuy.

No obstante ello, la fuerte y próspera casa de comercio de don Leopoldo Fernández constituía por aquella época, algo así como un oasis en tan apartados y solitarios lugares. Llegaba a ella el viajero para aprovisionarse; para informarse sobre el estado de los caminos, distancias y parajes; adquirir combustibles, repuestos y lubricantes, cuando no, apremiado por imprevistas contingencias, para obtener alojamiento precario con el compromiso de la partida de *sólo* o de *truco* con el dueño de casa y a la que asistía indefectiblemente don F. Flüger y algún guarda aduanero; partida que el ritual señalaba para después de cenar.

Por esos años — cuando sólo se levantaba en el actual Balneario de "Las Maravillas" el modesto rancho de don Desiderio Almada, tres hombres admiradores fervorosos de la zona, don José Roig, don Américo Soba y don Elio Lima, reunieron un pequeño capital con el que construyeron un modesto parador. Elemento esencial de esta construcción era un *salón* de paredes de terrón, techo de quincha y piso de tabla, y algún gabinete higiénico anexo. En principio estaba destinado a favorecer la reunión con fines de sociabilidad y bailables, de las numerosas familias que ya por ese entonces bajaban a La Coronilla atraídos por la excelencia de sus aguas. Y en efecto, las había no solamente del vecindario inmediato, sino de Ojos de Agua, Buena Vista, Potrero Grande y hasta de India Muerta de donde procedía don José Roig y algunas familias de su relación.

Por imperio de las circunstancias, aquel paso inicial debió de continuarse con la ampliación del improvisado local, al que se le anexaron piezas para el descanso y arreglo de las damas, pues por las noches una modesta y meritoria orquesta diligentemente organizada por el vecino Desiderio Almada, consumado acordeonista, congregaba en inolvidables y animadas reuniones bailables — al decir nostalgioso de algunos testigos de aquéllas — a los entusiastas veraneantes de La Coronilla, ya en el *salón de fiestas*, ya en la playa sobre las plateadas arenas en las noches de luna.

Se recuerdan entre los asiduos concurrentes de aquellas lejanas temporadas de playa, a las familias de don Alberto San Martín, don Antonio Baliño y Sueiro, don José Roig, don Leopoldo Fernández, don Elio Lima, don Silvio Fosatti, don Aparicio Silvera, don Daniel Martínez y don Félix Praderi.

Dignos de crónica debían ser las excursiones que este grupo bullicioso de personas amigas animadas por el propósito de dar nuevo incentivo a su sana alegría, realizaba hasta el vecino balneario de la Barra Brasileña, recorriendo a caballo, en sulky o en carro, los veinte kilómetros de costa que mediaban entre aquél y La Coronilla. Desde luego que con el infaltable acompañamiento de don Desiderio Almada y su acordeón, y un trío de negros guitarreros que lo secundaba.

Por ese entonces se sucede un hecho inusitado en la sencilla vida del incipiente balneario. Un estimado médico de Castillos consecuente a estas citas veraniegas, contrae enlace con una distinguida educacionista de aquella localidad, y eligen La Coronilla para pasar su luna de miel.



Tirando la red al pie de las barrancas, en la boca del Canal Andreoni.

Y allí fue el esmero y apresuramiento de los propietarios para reacondicionar el local existente que se destinaba a los recién casados.

Y es fama, al decir de los vecinos contemporáneos del acontecimiento, que los novios vivieron días de deliciosa felicidad en el marco de la propicia naturaleza, sencilla y agreste que los rodeaba.

*

Digamos por último que no bien fraccionó y vendió don Leopoldo Fernández los terrenos que fueron asiento inicial del balneario — que se llamó de "Las Maravillas" —, numerosas familias que no esperaban otra cosa, en breves años levantaron sus residencias veraniegas, continuándose ininterrumpidamente la expansión de este hoy importante núcleo veraniego, con la de los otros adyacentes de idéntica índole.

Paralelamente creció y se transformó el precario alojamiento de los primeros años, en un confortable y acreditado hotel que congrega todavía al través de tanto tiempo transcurrido, algunos de los que fueron sus clientes de la época heroica, cuando la pensión alcanzaba *la astronómica cifra* de un peso con ochenta centésimos diarios. Tal es el caso del doctor Vidal y Fuentes, del Uruguay, y el del industrial argentino don Francisco Jorcin, quienes como sucede todos los veranos también se hicieron presentes este año.

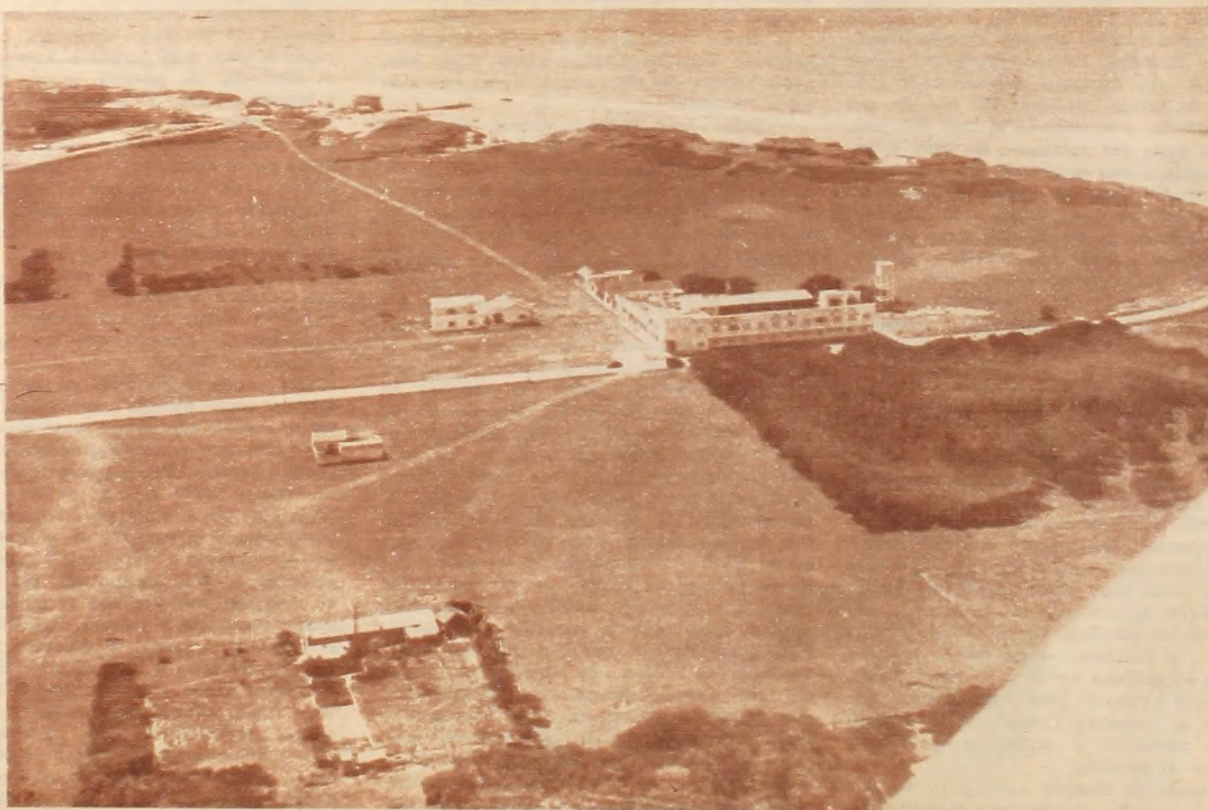
En terreno fiscal, ampliamente enjardinado y arbolado, levantó el Estado, hace de esto unos veinte años, el hermoso Parador de "La Coronilla" cuya moderna y confortable construcción ha respondido a las crecientes exigencias de esta excepcional zona balnearia de nuestro litoral marítimo.

En fechas más cercanas se han construido nuevos hoteles que ofrecen igualmente al turista con las renombradas bellezas de la costa oceánica, el confort indispensable para los exigentes, junto al remanso de una estada tranquila y reparadora.

Marindia, marzo de 1964.

Atilio CASSINELLI

(Especial para EL DIA)



Vista aérea panorámica de la costa, donde puede verse el hotel de dos plantas levantado posteriormente en el predio primitivo.



EL PARTE DEL SARGENTO ZACARIAS CRESPO

ALLA por el año 58 —cerca de cien años ha— en un departamento del centro de la república había un sargento de policía cuyas mentas de hombre cumplidor de su deber volaron muy lejos. Uno de los episodios de su extraordinaria vida, que vamos a narrar, es tan real y verdadero como el sol que nos alumbra, o la luna ,que a veces no nos alumbra. Dudar de él sería dudar de la historia, negarlo equivaldría a asesinarla.

El Jefe de Policía del departamento en cuestión era un funcionario severísimo y duro; dureza y severidad escudadas en un valor de león. Con él subalternos y pueblo tenían que hilar fino o de lo contrario emigrar.

Durante su administración y en una de las secciones rurales actuaba el mencionado sargento Zacarías Crespo. Viviente encorpado, fiel a la disciplina policial, dado a la lectura de textos heroicos. En una de sus idas al pueblo y estando en la casa del Juez, sobre la mesa del escritorio de éste, mientras aguardaba una resolución vio y comenzó a hojear La Ilíada, que sobre el bufete estaba. Cuando el Juez entró a la pieza lo halló de pie, en medio de ella, y tan sumido en la lectura que le fue necesario gritarle tres veces para llamar su atención.

—¿Le agrada el libro, sargento?

—¡Si me agradará, señor Juez! Hombres y venga a ver bailaban en aquellos candombes...

—Bueno, se lo presto.

Pocos días después hubo un asálto en una estancia. En seguida otro.

Sucede que un paisano llegaba y humildemente solicitaba asilo por una noche. Y cuando amanecía, el hombre salía del galpón donde había descansado, atropellaba la casa, disparaba dos truenos con dos descomunales trabucos que cargaba, alzaba lo que podía y salía muy serenamente en medio del histérico griterío de las mujeres y del pasmo de los varones. Ya su caballo estaba ensillado, y piafante, —un moro de gran estampa—; saltaba en él y se hacía humo.

Al tercer asalto el Jefe Político hizo presentarse al sargento Crespo. Y le ordenó buscara, prendiera y entregara —vivo o muerto— al bandido.

—Después de cumplir esto, y yo sé que usté va a cumplir, preséntеme el parte correspondiente.

Si la fama del misterioso asaltante comenzaba a abrirse a los cuatro vientos, la del sargento ya había hecho campamento en toda la vasta extensión de veinte pagos. Y el bandido, una noche, ignorado entre la clientela, en la pulpería de Jesús Nievas, el Mocho, oyó en el comentario general que el sargento Zacarías había salido en pos suyo. Fue cuando decidió cambiar de ambiente. Lo hizo. Pero el sargento ya le había olfateado el rastro...

Y el perseguido empezó a sentir el acoso tenaz, inexorable, de la autoridad con jinetas; resolvió marchar siempre rumbo al sur.

Y trepó y bajó sierras, cruzó arroyos y ríos, atravesó cañadas y montes, siempre rumbo al sur y siempre en sus talones la sombra del afamado sargento...

Hasta que cierto mediodía llegó hasta la misma orilla del anchuroso Plata. Y lo contempló suspenso de su serena grandeza...

Y ahora vamos a copiar el Parte que el sargento Zacarías Crespo elevó a su jefe, copia sacada del documento oficial que a la vista tenemos.

—Señor Jefe Político. Como Vuecencia me ordenó, el día 28 de Noviembre salí en persecusión del perdulario que asaltó la estancia de don Melgarejo, la de don Reyna, y la de la viuda de Achar, ande dejó el tendal de llorones y se alzó con dinero y priendas de los citados. El primer embión que pegué fue en la pulpería de Jesús Nievas por mal nombre el Mocho. Cuasi iba mirando el polvo que levantaba en el corredor el montao del bandido que como se sabe es un moro de pata fina y encuentro ancho. Asina seguimos por sobre una semana. El hombre se asentaba y se escondía en un pago, y cuando yo ya le taba pisando el chiripá pegaba el volido que ni perdiz. Yo cavilaba: ha de haber hecho baca con Mandinga, pero yo la había hecho conmigo mesmo. Y me acordaba de un libro que el señor Juez don Lindoro Alonso supo prestarme, y que no se lo digo aura porque el nombre entodavía no se me clavao en el mate, que pinta unos sucedidos riales y verdaderos de varones que supieron sacudirse con masculinos como ellos de fieros y corajudos, como también con brujos muy superiores y brujas del mesmo modo, alcanzando a llevarse todo por delante; como quien arrea borregos, a lanza y corvo. Y sigo el parte pidiendo desculpa a Vuecencia por haberme salido de la senda y pasao el andarivel; pero fue solamente por acordarme de hombres de los que he tomao leción muy suficiente. Como le iba diciendo, el perdulario se me zafaba de entre los dedos como anguila macho. Y asina seguimos, él juyendo y yo errándole tarascones. Ya habiamos cruzao más de muchas leguas, pulpería por aquí, rancho por allá y hacienda más allá. Yo llegaba y él recién se había ido. Pero si el moro de él resoiiaba juerte mi pangaré bufaba alto. Y en ese juego de gata parida en el que yo cinchaba y él aflojaba, llegamos hasta una estancia llamada de los cinco ombuses, con dueño vasco él pero muy acriollao. Llegamos sobre el mediodía mi pangaré y yo, espumando y lenguas ajuera. Y el vasco, llamao Inacio Iturburralde (me parece que se pone asina pues sabe vuecencia que vasco es arrevesao hasta pa el apelativo) me comunicó verbalmente y de palabra que el matrero había amargueao temprano, churraquiao más tarde y que en esa hora iría en el rumbo de unos paraisos que se veian muy lejos. No quise saber más nada y cerré piernas a mi montao. Alcancé a sentir el griterío del vasco diciéndome que comiera primero y dispués cumpliera la comisión, que las tripas deben gobernar al hombre y no el hombre a las tripas, y que sé yo. Pero yo ya iba tendido sobre el recao. Pasada una hora del mediodía según carculé por el sol, vide espejear adelante mío algo que pasaba de arroyo y sobrepasaba laguna. Un agua larga que se perdía de vista y ancha que no se veía el monte de la otra orilla. Y me juí arrimando al trote corto porque el pangaré ya aflojaba las patas. Y como me iba arrimando vide un playo grandote, y en la mesma linia del playo con el agua me encontré con el moro del bandido, desensillao, y patas arriba refregándose el lomo en el arenal. Y desculpe Vuecencia por lo que paso a comunicarle. El hombre se había hecho con un bote y cinchando muy superiormente a remada por resuello se iba perdiendo de vista, lagunón adentro que ya parecía un pato. Pero el deber es el deber. Resolví azotarme en el agua con mi pangaré, prendido de la cola pa aliviarle en algo, y seguir la raya que iba dejando el bote. Cosas más fieras habían cumplido los varones del libro que me prestó el señor Juez ya nombrao. Y el pangaré dentró medio a desgusto, pero dentró. Y se dio en braciar despacio que no daba pa más. Yo de vez en cuando tragaba un buche del agua aquella que más que agua parecía adobe pa un asao. La olada era mansa, tendida, pero castigadora. Carculé en media hora el trabajo del pangaré cuando el pangaré resolvió no seguir. Y tornió las patas, quebró el cuerpo y enderezó de vuelta pa el playo. Yo ya había determinao seguir a nado, pues dispués de palmiar el montao primero, de darle tres chirlazos dispués, y soltar tres alaridos, vide que no habería poder ni juerza que lo hiciera volver al trillo, y que sus razones tendría pues yo mesmo lo había domao y sabía los puntos que calzaba. Pero me iba acordando mientras me desprendía la casaquilla y atravesaba el sable sobre el cogote que el nado más grande que había hecho jué en el arroyo de los Bagres que no alcanzaba a una cuadra de ancho, y que había llegao al otro lao haciendo hipos y arcadas. Esto jué, según Vuecencia sabe, cuando corretiamos al pardo Simón Trujillo, que se había cortao de la comparsa de esquiladores que habían abijeao unas mulas en la hacienda del brasilero don Himalaya da Rosa. Y entonces le seguí el lance al pangaré, hasta llegar al playo. El perdulario ya se había perdido de ojo. Es todo lo que tengo pa llenar el presiente parte, señor Jefe. Pero le pido a Vuecencia, con toda la juerza y el respeto que caben en un pedido del subalterno sargento de polecía, que me consiga un bote en la costa de la estancia del vasco susodicho, y un asistente na más que pa darle al remo, y yo le traigo de cuerpo presiente al ladrón, malevo y foragido que se me juyó. Ande él llegue yo llegaré y ande pare le echaré la zarpa. Esto lo juro por Dios y por la Patria. — Sargento Zacaría Crespo.

José ***MONEGAL***

(Especial para **EL DIA**)

Dibujo del autor


VILLA DOLORES
: AVES
EL LAGO
DE LOS PELICANOS
EL LAGO
DE LOS CISNES
LA JAULA DE
LOS LOROS
MONTEVIDEO 1965
PIERRE FOSSEY



Un bosque, una colina suave, un río sonriente que cruza sin prisas, configuran el escenario amable para las hadas. ("Carass Court", Irlanda).

la llaman también, "la cadena de Lug". Resplandece su rostro al extremo de que ningún mortal puede soportar su visión, y cuanto toca se signa de sortilegio; enseña las artes en la paz y guía en la guerra, invencible con su lanza mágica que dispara con el arcoiris.

En esos hoscos acantilados pétreos de las costas celtas mordidos por las olas, es la mano de Ler, el Océano, la que encrespa las marejadas. El es movimiento, fuerza, caudal, energía desatada de la naturaleza. Correrán los siglos, y esos atributos, humanizándose, plasmarán en el Rey Lear de la inmortal obra shakespiriana.

Todo es fábula, prodigio, alucinante crónica supersticiosa que se hereda por generaciones de gentes de fantasía desbocada, en las que conviven lo heroico y lo amatorio, los dioses paganos que edifican fortalezas con huesos de hombre y los santones que reverencian al Santo-Grial, crueles reinas guerreras como Morrigan o jóvenes dulces y castas, hábiles para las labores de aguja y el culto del hogar como Emer.

Los descendientes de Danu que abandonaban la faz de la tierra, partían hacia el "valle de la Alegría", patria elísea donde el tiempo no pasa ni la vejez existe, en medio de praderas florecidas que jamás se marchitan, y donde los ríos conducen hidromiel en lugar de agua. Druidas coronados de flores cantaban el prodigio de la "tierra de la Juventud". Y no se moría, sino que se reencarnaba.

Tal acaso el oculto sentido de un antiquísimo poema de tono panteísta: *"Yo, el viento sobre el mar, / yo, una onda poderosa, / yo, el círculo del océano; / yo, un toro enardecido, / yo, el halcón sobre la roca, / yo, la más bella entre las plantas; / yo, un jabalí perseguido, / yo, un salmón de río, / yo, un lago en la llanura; / yo, la fuerza del canto, / la punta de la lanza guerrera..."*

Raza emotiva por excelencia, ungida de viejos misticismos nacidos en plena paganía, ¿cómo los individuos de este grupo humano no tocarían de animismo cuanto los rodeara? ¿Cómo no iban a inclinarse ante los rústicos adoratorios de piedra, aquellos nautas belicosos que venían sobre el lomo de las olas en extrañas embarcaciones policromas con cabezas de dragón en las altas proras? El ámbito mitológico los nimba desde el oscuro origen.

Las leyendas son viejas como el mundo. Cada nación reconstruye, con sabor propio, historias que ruedan desde siglos de región en región. Romeo y Julieta pudieron inspirarse en el arcaico romance luctuoso de Baile, príncipe del Ulster, que ama a la hermosa Aillin. Los enamorados se han dado cita, y Baile espera junto a uno de esos ríos que ayudan al amor y a los mitos. Un mensajero espectral llega para anunciarle la muerte de Aillin, y de dolor el príncipe muere, y sus caballeros lo sepultan; sobre su tumba

LA FABULA IRLANDESA

LAS Islas Británicas se enorgullecen de sus fantasmas históricos. Ellos constituyen la sobrevivencia de un hecho convertido en fábula, y son la raíz misma del proverbial espíritu de tradición de su pueblo. Por todo el territorio, castillos y espectros atan a un pasado insepulto, y la imaginación se asombra ante el largo cortejo lúgubre de irrealidades más consistentes que un ser vivo, que en Gran Bretaña corre paralelo a los datos de su Historia. Todo asesinado de buena estirpe, todo envenenado de alto rango, todo ajusticiado ilustre —como un tatarabuelo nuestro de largos rulos que sin metáfora, perdió la cabeza—, ingresaba de inmediato a la cofradía de fantasmas renuentes a abandonar los lugares por donde vivieron, entreteniéndose en aterrorizar a los mortales para distraer su tedio.

También Irlanda tiene espectros y castillos, abadías en ruinas y extrañas moles de piedra que semejan tronos o altares de gigantes. Pero tiene, sobre todo, el hechizo de las hadas. Ninfas, duendes, elfos, silfos, geniecillos de las aguas y los árboles, habitantes de las corolas frescas, navegantes de una gotita de rocío, se dan cita en las verdes campiñas de una región tan privilegiada para la poesía, que hasta en sus armas campea la heráldica y sonora arpa bárbara de nuestros antepasados.

¿Cómo iba a ser de otro modo, si en su más remoto e impreciso ayer, después del Diluvio, habitó en la isla una maga, Cessair, acaso encarnación de Circe? ¿Cómo no iba a ser una gesta de contornos líricos la de ese pueblo de invasores navegantes de raza divina, que llegaron de "las islas del Oeste" capitaneados por la diosa Danu, y que traían consigo sus preciosos talismanes, de virtud invulnerable: La espada del rey Nuada, la lanza de Lug, el caldero de Dadgé y la "Piedra del Destino", que grita cuando se sientan sobre ella los legítimos reyes de Irlanda? El brazado de leyendas se formó temprano. La tribu de Danu exterminó a los gigantes, pero su mística existencia siguen evocándola, como poemas épicos en piedra, esos inmensos menhires, esos cromlechs misteriosos, esos dólmenes que acaso son monumentales tumbas de jefes caídos. Lug, por ejemplo, es hijo de una constelación, y su linaje sideral se recuerda para siempre porque a la Vía Láctea los irlandeses



Dolmen, en el condado de Louth.



Vestigios megalíticos, en el condado de Sligo.

El culto de las tradiciones y el amor por las leyendas integraban la herencia espiritual de los antiguos hogares irlandeses, como éste, de varios siglos. ("Carass Court", Irlanda).

crece un fresno. Entre tanto, el enviado siniestro ha ido en busca de la inocente Aillin para decirle que Baile ha muerto; el dolor la mata, y crecerá un manzano sobre su sepultura. Siete años después, poetas y cronistas del Ulster y del Leinster cortaron una tableta de cada árbol para inscribir en ellas las tradiciones de esas comarcas. Y pasado mucho, mucho tiempo, un rey pidió verlas, un día, en medio de una fiesta, deseoso de leer aquellas historias. Y he aquí el suceso milagroso: la una marchó al encuentro de la otra, como impelidas por manos invisibles, abrazándose de tal manera que nada pudo separarlas: abrazo de eternidad, para el amor eterno. Como en los cuentos de hadas.

Cuando advenga el Cristianismo en Irlanda, no podrá borrar del todo el sello pagano de los relatos. San Patricio se codea con los genios de la naturaleza, y por cierto encierran mucho de panteísmo estas estrofas que se vinculan a su nombre: "*Benditos los picos de los montes, / las desnudas piedras del pavimento, / benditos los estrechos valles / y las sierras elevadas. / Como arenas del mar bajo las naves / sea el número de los hogares; / sobre las colinas, en las llanuras, / a lo largo del río encima de la cumbre.*"

Pues las hadas siguieron existiendo. (Siguen existiendo...) Arrastran séquitos de duendecillos buenos y de diablejos engañadores, como el popular *púca* que ora es asno, toro, águila, caballo; que en veces ayuda a los hombres, o se burla otras, regalándoles puñados de oro que se convierten en hojas secas; antepasado de Puck, como él travesea entre los genios y los seres de carne y hueso.

En cualquier recodo de los bosques se tropieza aún con el zapatero encantado, o con el caballero vestido de verde que se sienta junto a las fuentes y satisface tres deseos. Es posible pasar junto a la encina hueca donde habita la hechicera que brinda la manzana mágica, o partir una bellota que aprisiona a un duende agradecido que nos invita al baile de los elfos, cuando trepa la luna. La antigua Brigit, diosa de la poesía, tiene un largo reinado, y sus hijos aéreos susurran entre las copas de los árboles, aparecen y desaparecen a voluntad. Y a veces tropezamos con el enanito barbudo que nos regala una moneda de oro que nunca se gasta.

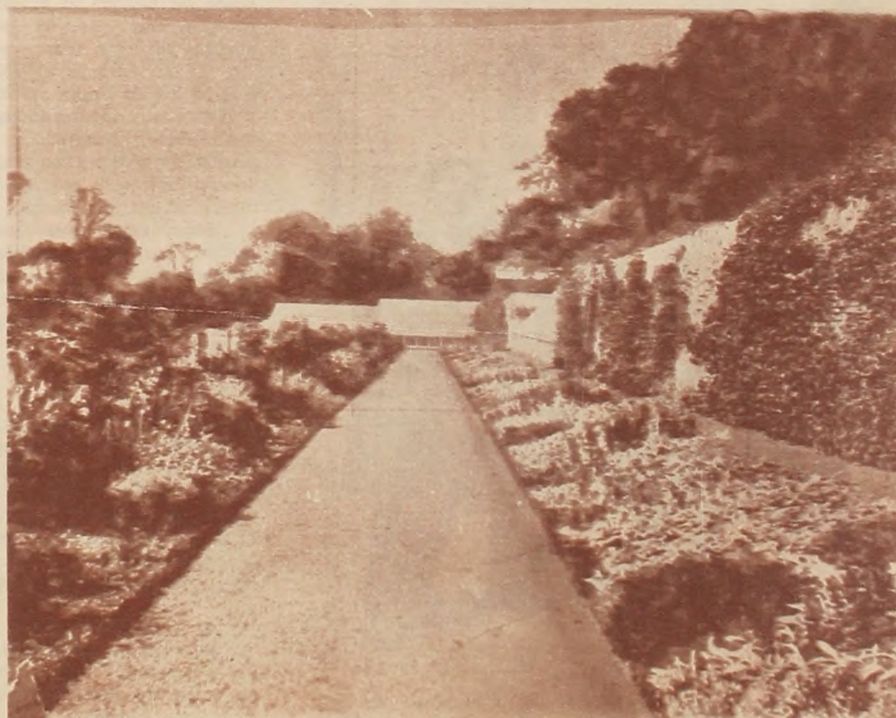
Como los sueños. Como la fe en lo maravilloso, entre brumas de sagas nórdicas y de nostalgias...

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Entrada del túmulo de New-Grange. Se ve en primer plano, una piedra decorada con el típico motivo de espirales.



En este típico jardín irlandés, ¿cómo no vivirían a gusto los duendes, entre flores? ("Carass Court").

EL PINT



Terraza con figuras (Oleo. 1932)

DE una vieja dolencia al corazón, dejó de alentar el famoso pintor argentino Lino Spilimbergo en estos días. Nacido el 12 de agosto de 1896, su vida se manifestó por las artes plásticas, en lo cual llegó a ser conocido universalmente por su original concepto de la pintura moderna. Fue además de pintor, grabador y litógrafo de fuste, y sus obras siempre tuvieron la representación de un concepto rico en cuanto a la interpretación. Fue de



Lino Spilimbergo, con nuestro compañero el pintor Ricardo Aguerre, G. Martínez Solimán y Antonio Pedone, fotografiados en Florencia, frente a Santa María dei Fiori, en 1925.

los artistas que, aun dentro de movimientos que buscaron afanosamente la vibración de nuevas formas expresivas, jamás dejó de lado las bases estables que configuraban toda la garantía de una obra de arte en cuanto a sus más claras potencias vivificantes y renovadoras de formas y cromatismos. Se caracterizó Spilimbergo por haber hallado un estilo; un estilo inconfundible, que atesora la depuración de los contornos naturales con una línea clásica y a la vez moderna. Esta combinación, que sumada a ciertos resortes de dibujo conforma esa rara facultad de proporción, se fortifica por una declaración aguda hacia rasgos que el pintor supo destacar. Los ojos de sus figuras son generalmente grandes; en ellos pone el artista una vida especial muy suya, detenida en un pensamiento, fijamente dominada por lo interior. La vestimenta de esas figuras son también drapeadas con gracia y con una soltura empacada de lineamientos curvos y dinámicos, que contrastan muchas veces con su riguroso dibujo exterior. Agreguemos a ello un colorido intenso, alterado por el deseo de dar en él lo más fuertemente posible el canto rudo, y fino a la vez, de movimientos acompañados de perfiles sutiles o marcadamente acentuados. Es característica de su trabajo el volumen de las formas. Al igual que la luz, le llama atentamente en los bordes y perfiles, llenándolas y arbitrándolas hacia las sombras con cuidado medio tono, trabajado en finas pinceladas. Tal rigurosa prestancia plástica no podía menos que servir a una expresión sólida y sobria, fuertemente arraigada en ideas determinadas por eternas y constructivas.

Supo, como otros pintores que meditaron su obra, mediar para que aquélla tuviera un sello permanente —repetimos— en una cualidad clásica que perfeccionó hasta hacer llegar su estilo a la moderna vitalidad de un movimiento que tuvo en sus telas y murales ejemplos firmes.

*

Spilimbergo conoció, junto a algunos compañeros de entonces, artistas también, entre los que se contaba nuestro pintor Ricardo Aguerre, el París de los años bohemios y felices, plenos de búsquedas y de vivencias juveniles. Allí fue que perfeccionó su pintura y encontró, como tantos, el estímulo para seguir, con la confianza que le daban su poder y su seguridad en la obra comenzada. Vida llena de felices anécdotas, bohemia paseante y trabajo sin horas... Berni, Bazaldúa, Butler, Badi y otros...

*

Su pintura, comenzada con copias del natural, sencillas y humildes, fue creándose a través de los años en la opulencia del color y las formas. Sin dejar de ser expresivamente humana, evolucionó, como tenía que suceder en un estudioso, hacia la concreción de algo personal y

que estuviera directamente vertido de su sensibilidad
postura plásticas. Así fue renaciendo el Spilimbergo q
tuvimos ocasión de ver, creemos que en "Amigos d
Arte", hace muchos años en una notable exposición. Pi
tura recia, con algo de dureza de intento, sus elemen
redondeaban, a través de las masas de volúmenes, u
rara conformación escultórica que eliminaba detalles
abstraía las cálidas versiones pictóricas puras, para ced
el paso a vigorosa presencia rotunda. Otras veces, con
en su "Terraza con figuras", le llama poderosamente u
especie de perspectiva metafísica, pero sin la sequed
de los elementos deshumanizados, sino que las figuras s
complemento de los espacios que el pintor adorna en
trabajo casi decorativo que, como geométrica rígida,
contrapone a los personajes del pueblo; rústicos... q
se van develando hasta ceder a aspectos irreales, en otr
y llegar al desnudo que asoma al mar. Esta compleme
tación de lo decorativo con lo pictórico puro se produ
en los artistas del pasado, en el Renacimiento, especia
mente en el "quatroccentista". Por el contrario, en "Ca
de Trinidad" parecería que el contraste se produce p
lógicas consecuencias entre la luz y las sombras. Adem
lo expresivo se traduce en la descarnación y deshoj
miento de los árboles: figuras encapotadas a cabal
plenas en el sol; un sol de invierno que aún con los pe
sonajes entibia la desolación de la lejanía inédita. En l
retratos - figuras, llamémosles así porque de las dos form
se ha expresado Spilimbergo, con el modelo, descarta



Calle de Trinidad, San Juan. (Ole

OR ARGENTINO LINO SPILIMBERGO

solución directa y si, en principio, puede tenerla renuncia de esta comparación para pasar a implantar sus teorías. Las cuales amolda al personaje o, mejor, éste a aquéllas, trasuntando una conmoción interior, un estado de alma, y una fijación delineante de personajes absolutamente suyos, en cuya vida sabe él inculcarles esa irrealidad aparente que nos hace sentir la soledad comprensible en espíritus que se hallan por encima de vulgares imágenes. Fantasía que recorre toda la gama y que, a veces, decae en este levantado afán cuando la popular figura exige una típica interpretación, como "Madre y niño" (Potosí), en la cual no puede dejar de lado los rasgos que acusan lo étnico del personaje. Fue Spilimbergo un pintor de muro. Sus grandes composiciones de movimientos y dibujos violentos, de desesperada y dramática fuerza, completan esa obra de caballete, en la cual las virtudes de muralista siempre asomaron, buscando espacio y amplitud. Las características de su obra llamaban al mural. La gran composición, la desbordada y al mismo tiempo ordenada composición, en la cual se enredaban los personajes con un impulso arrollador, en una súplica o en una voluntad impresionante. Artista completo, Spilimbergo subió los peldaños de la pintura y de la fama con justo mérito hacia su labor, reconocida en ambientes fuera del Plata. Se hallaba en la llamada Cuesta Martín Fierro, localidad de Unquillo, en Córdoba, en donde se había refugiado después de viajar por última vez a Europa. Allí le sorprendió la muerte.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



Madre y niño, Potosí. (Oleo. 1940).



Sabiduría y Amor. (Temple. 1931).



Dolmen, en el condado de Louth.



Figura. (Oleo. 1931).

Otro Dueño

EL perro de Vilches acompañó al viejo hasta la orilla de la picada. Comenzó a saltar entre las piedras y luego intentó nadar en la corriente.

El viejo, rebenque en mano, mientras el caballo tanteaba cada paso entre cantos rodados, ordenó:

—Qué te importa, vaya pa las casas.

El perro quiso seguirlo pero Vilches volvió a ordenar:

—Camine.

Al girar el agua lo arrastró hasta hacer pie en un islote lleno de ramas. El animal saltó a otras piedras y luego a la orilla. Sacudió el cuerpo, se sentó en la barranca y comenzó a llorar en un aullido triste.

Vilches se había perdido en el otro extremo del arroyo, en aquel callejón abierto entre los árboles, por donde no pasaba nadie.

*

El viejo siempre pensó que aquella era la peor hora para la lucha. El camionero había ido a buscar un viaje de lana y se encontró con los troperos acampados bajo los árboles.

El perro ladraba trepado en lo alto de las bolsas. Un bayano con ojos de tábano, dijo:

—Diez pesos al mío.

—Pago —dijo el camionero sonriendo.

Vilches los vio porque iba cruzando la picada como ahora. Al regreso, con las chicharras redoblando.

—Pero cómo van hacer pelear esos animales! — dijo.

—Qué le importa — contestó el bayano.

Entonces el viejo se inclinó por el perro blanco. El barcino, con collar de clavos al pescuezo, se le fue en fija. Antes los atorearon azuzándolos con chistidos que salían apretados por los labios. Los animales buscaban las gargantas. El barcino logró agarrarlo de una oreja y darlo vuelta contra el suelo. El del camionero mordió en una mano y pudo zafarse. Pero en seguida los dos volvían a quedar igual que troncos retorcidos, veteándose de sangre; pero siempre que el blanco iba a morder, encontraba los clavos.

Vilches no sabe el tiempo que estuvieron así. Recuerda que él se bajó del caballo e intentó separarlos cuando el barcino se fijó contra el suelo, las patas afirmadas como puntales y quería degollarlo.

El tropero dijo que nadie lo había llamado. Entonces el dueño corrió con un balde con agua y los empapó en la cabeza. Después se le prendió de la cola al barcino.

—Cuidado que lo muerde — gritó el bayano.

Castigó con el arreador al perro. Vilches no recordaba bien el nombre.

El hombre le gritó dos o tres veces hasta que salió



DIBUJO DE BONILLA

todo erizado y cabeando sangre fue a bañarse al arroyo.

El perro blanco demoró en levantarse. Tenía una enorme mancha roja en todo el cuello.

El camionero lo miró y escupió. Le pagó al bayano y trepó al camión.

—¿No lo lleva? — preguntó el viejo.

—Se lo regalo — contestó el hombre.

Nunca Vilches quiso llevarlo al pueblo.

*

No pudo hacer nada, se pasó la mañana dando vueltas, desperdiciando el tiempo. Encontró casi todo cerrado. Cuando fue a la herrería para herrar al caballo, el herrero le dijo:

—Pero, Don Vilches, no tiene almanaque?

No tenía. El viejo se guiaba por las plantas y los animales para seguir las estaciones.

Todavía el herrero, mientras pasaba la escofina; la pata del caballo calzada sobre la rodilla, bromeó:

—¿No vio las banderas?

—Mire, hoy ando medio mal, relumbró el sol como lata, temprano.

Tendría que volver al otro día. Asunto de papeles y oficinas. Un asunto enredado que ya lo estaba aburriendo.

—Que venga dentro de unos días.

Siempre lo mismo y sin aclarar nada.

—Está pronto — dijo el herrero.

Vilches pagó y comenzó a trotar de vuelta.

*

El caballo venía bañado en sudor, cuando Vilches llegó al comienzo de la picada. Sintió un fresco agradable a la sombra de los árboles y un olor suave a barro fermentado.

BLANDENGUES DE LA BANDA ORIENTAL

VOLVAMOS a nuestro tema.

Corre el año crucial de 1797. Año en que todo aparece inseguro y riesgoso. Se aprecia real quebranto en las fuentes vivas de nuestra economía por el intenso actuar —en su interior— de fuerzas depredadoras. Desde el exterior también afluyen y presionan por los fundamentales cambios producidos en la política internacional. Todo —puede decirse— está detenido, o por lo menos, cumpliéndose con lentitud, salvo los aprestos bélicos porque se han actualizado por ese entonces los riesgos de ataques por mar, al tiempo que por tierra los portugueses han aumentado su presión en nuestra frontera.

Tomemos por ejemplo lo que acontece en la región de Maldonado. En ella, se verifican construcciones militares, valiosas, de defensa en el puerto de Maldonado y su isla de Gorriti y se detienen las obras pobladoras y de paz, como son las de la formación de la villa de Nuestra Señora de los Remedios de Rocha, la continuación del edificio de la iglesia matriz de San Carlos, etc.

Los cueros —en general— no se vende porque no hay interesados en el mercado, sumándose a los restantes factores para un mayor quebranto de la economía.

Es indudable que en el marco de este panorama Artigas resulta para las autoridades rioplatenses, hombre extraordinariamente útil. Es figura adecuada y en cabal medida, para ese instante.

Comprende y habla lenguas indígenas, conoce palmo a palmo el territorio, su riqueza, las costumbres que imperan entre los variados hombres que habitan de fijo o transitoriamente, por haberles palpado muy de cerca, o aún, hasta compartido.

Personalmente cabe indicar que posee coraje y decisión, capacidad para atraer y seducir en aptitud de mando. Su vivir anterior y las condiciones adquiridas o heredadas que allí puso en juego en todos esos años de "vida libre", hacen de Artigas, como decíamos, un individuo de real interés.

Constituye para las autoridades un personaje valioso, en el sentido de secundar proyectos y ser capaz de avudar a superar muchos de los problemas que se originan o agudizan en nuestra campaña por entonces.

Artigas vale para las autoridades por lo que justamente es en esa hora histórica. Esto merece no ser olvidado.

Si no se hubiese entregado a la "vida libre" —según expresión literal y adecuada de Nicolás de Vedia— ejercitando con anterioridad al año 97 sus excepcionales dotes en el agreste, agitado y multiforme vivir de los años precedentes, actuando con coraje, fuerza y libertad, en el seno mismo del abigarrado ambiente humano y geográfico que frecuentó, *su personalidad no habría estado talla de la manera tan singular* que conocemos, y habría sido por esa fecha, uno de los tantos hacendados de nuestra Banda, modelado en su sicología y absorbido por los problemas pariticulares de ese grupo social al cual él pertenecía por nacimiento y tradicional ocupación en sus mayores.

Habría así vivido en el menguado marco de sus problemas y cerrados intereses de gremio.

En cambio desde enfoque más alto y amplio, más humano y flexible que el de ellos, es Artigas capaz de comprender hombres y cosas, por haber escapado precisamente al círculo antedicho y haber convivido con otros hombres de distinta sicología, problemas y hábitos.

En ese Artigas del 97, cabe señalar un rasgo que merece —y necesita— especial destaque por trascendente. Consiste en la virtud o excepcional aptitud de aunar, en mérito a sus dotes personales, en torno suyo y de su acción, a los grupos humanos más dispares de la Banda Oriental.

En mayo lo piden los hacendados como hombre indicado para poner coto a los desmanes en la campaña que comprometían sus intereses y sus vidas y en el siguiente mes de junio, marchando hacia Santa Teresa era dueño, en pública y considerada autoridad espiritual, del alma y voluntad de cien blandengues —la mayoría en ese momento del efectivo del cuerpo— mandados, pero sólo en apariencia por un teniente graduado. En verdad el mando lo detentaba Artigas desde época anterior a su ingreso en el cuerpo, según documentalmente lo hemos dejado puntualizado en anteriores crónicas.

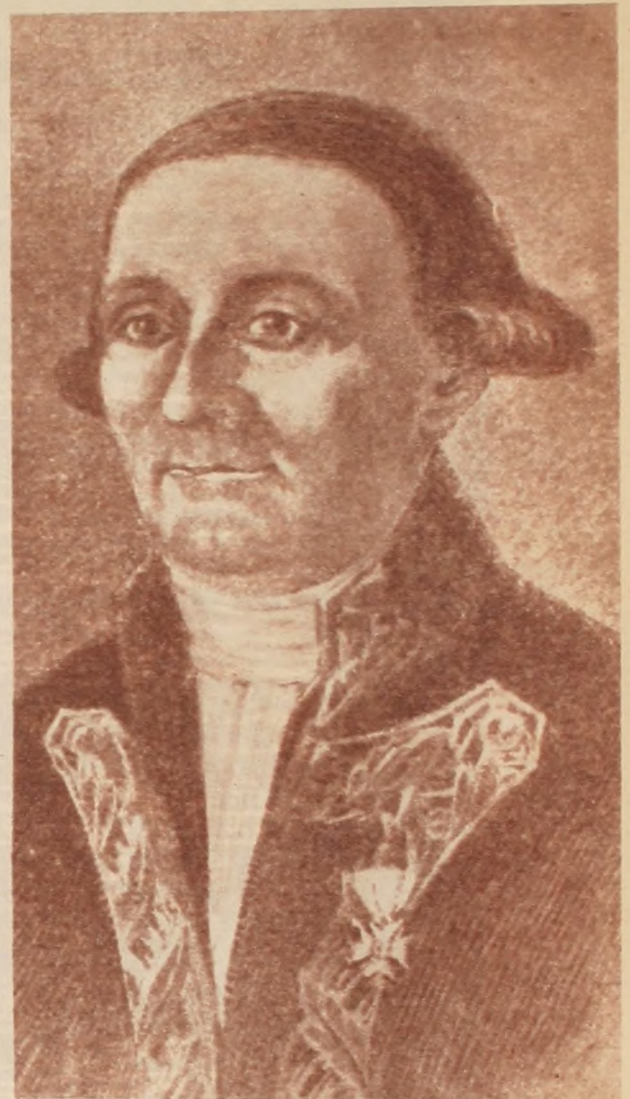
He ahí, los dos extremos del vivir sociológico de la Banda polarizándose —en singular y poco habitual conjunción— en torno a la figura de Artigas, en idéntico reconocer de sus valores, aunque expresado en fórmula distinta.

Hombres sueltos de la campaña —hay muchos indultados entre ellos— dirigidos, ordenados y agrupados en mérito a su asciente personal.

Hombres agremiados —tal los hacendados proponiéndolo a virrey— encumbrando su nombre y virtudes para el sosiego de la campaña a través de su acción, confiando en él.

Este magnífico espectáculo, lo ofrecía el hombre "oscuro" que había ingresado días atrás como quien dice, porque todo va de marzo a junio, como "humilde soldado" a un cuerpo de blandengues que por entonces —10 de marzo— sólo existía en el papel del decreto virreinal. El hecho merece reflexión porque pesa en el vivir de aquella hora.

Acentuando los tintes de este cuadro magnífico y grandioso por los perfiles sicológicos que se trasuntan en el protagonista central, evocamos paradojalmente no obstante por verídico hecho, y en tal hora, *a este blandengue —simple y modestísimo por s uenganche— saliendo a la campaña para alistar por sí a otros hombres —los primeros del cuerpo— que en catalogación castrense serán sus iguales, pero que en el juego de las fuerzas humanas actuarán, según lo hemos visto, en actitud de dependencia o de voluntaria reconocida subordinación a su autoridad.*



Don Antonio Olaguer Feliú, de actuación destacada en la formación del Cuerpo de Blandengues.

Es admirable, como decimos, el hecho y, desde luego, su alcance.

Estamos trabajando según puede comprobar el lector, con acaeceres históricos concretos. Ellos tienen fecha y contenido fehacientes y todos pertenecen al año 97, en sus primeros iniciales meses.

Enganche de hombres por Artigas; pedido de los hacendados; el ascendiente sobre los cien blandengues que marchan a Santa Teresa. Todos y cada uno, por sí, nos están indicando —y recogemos con emoción el hecho— *que su personalidad desborda la modesta plaza de soldado blandengue,* según ha sido su alistamiento.

Planteado en tales términos el problema, la intervención del probo y recto de su padre, aparece moviéndose en planos de una absoluta normalidad y corrección. Era por entonces corriente el hecho de que familiares —y justamente los más próximos— interpusieran su patrocinio o hicieran oír su voz con el fin de lograr designaciones o aún situaciones beneficiosas para sus allegados.

Vayan como ejemplos, entre los muchos que podrían citarse, el de doña Margarita Viana intercediendo por su hijo José Joaquín, a la mujer del ingeniero Febrer, brigadier de los reales ejércitos, de alta jerarquía y concepto, por su propio marido; el del teniente coronel comandante entonces de Maldonado, don Lucas Infante, pugnando por su ahijado don Sebastián Trebejo para quien pretendía grado militar, la mujer del gobiernador de Montevideo don Agustín de la Rosa, por su marido, etc.

¿Puede extrañar entonces, qué en un marco de extrema normalidad, don Martín José Artigas se dirigiera a las autoridades procurando que a su hijo José Gervasio le dieran, no sólo acceso al cuerpo de blandengues (que para el caso no necesitaba patrocinio) sino promesa de grado militar en el mismo?

Empero ¿es qué era tal la aspiración del Prócer?

Florencia FAJARDO TERAN

(*Especial para EL DIA*)

El animal intentó beber pero el viejo sujetó las riendas y castigó con el rebenque.

Al doblar el recodo, vio al perro sentado en la barranca. Notó cuando irguió las orejas, se paró y comenzó con su ladrido familiar.

Sonrió el viejo. El caballo ya andaba por el centro de la picada. Lo tomó desprevenido cuando agachó la cabeza para beber. El viejo se inclinó hacia adelante y hasta sintió que se escapaba el pie del estribo. Después el golpe sobre el agua y aquel tremendo dolor en la nuca.

Aún pudo dar un manotón hasta asirse de una raíz.

*

El juez había cruzado por cuarta vez la picada, montado en el caballo de Vilches. El caballo andaba como un ciego resbalando entre la lama del pedregal.

Desde el extremo donde estaba el perro, un hombre alumbraba con un farol las aguas que parecían escamas. Tenía los pantalones remangados por encima de la rodilla.

Anduvo buscando al viejo entre los canales y la raigambre de los matajos.

Había encontrado al caballo, las riendas colgando, junto al rancho.

Estuvo revisando las puertas, la portera, llamándolo a gritos:

—Don Vilches, viejo Vilches.

Fue a la quinta cercada con tunales y cañas, recorrió el potrero, hurgó en la cachimba y en el galpón.

De pronto había escuchado el aullido del perro.

—Usted se hace cargo —dijo el juez.

El hombre del farol no tenía parentesco. Encontró al viejo con la ayuda del perro. Un metro de agua, junto a una macolla de paja. El cuerpo boca abajo, como piedra nueva en el cauce. En el caballo de Vilches fue al pueblo y avisó.

La voz del juez, de nuevo:

—¿No se haría cargo?

Fueron al rancho. Buscaron debajo de una lata con plantas y encontraron la llave.

Entraron el cuerpo y lo pusieron sobre una cama.

—Si puede, avise a los vecinos.

Ya desde la portera:

—Con la policía trataremos de ubicar a la familia.

Le alumbró la calle con el farol y lo vio alejarse hasta donde pudo llegar el auto.

*

Al rato, Vilches quedó solo. El hombre del farol fue a despertar la noche a los ranchos vecinos.

El perro lo iba siguiendo como si hubiera encontrado un dueño nuevo.

Ricardo Leonel FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

A. DE MUSSET 1837

Fragmento de "La Servante du roi" autógrafo de A. de Musset.

APUNTES DE UN VIAJERO

BECQUER Y MUSSET

HAY poetas, como Bécquer y Musset, que nos hablan de cierta levedad. No me refiero al sentido figurado de la palabra. Por consiguiente, al decir *levedad* —y podría decir *tenuidad*— no digo *poco importancia*. Pienso, más bien, en su poesía y aun en la propia envoltura física de los poetas, con algo de aire, con algo de estarse en vilo siempre, y aun con cierta inestabilidad, como una hoja por desprenderse.

Y mirando las estatuas de piedra, o bronce, o mármol de éstos, no se destruye la idea de levedad que me han fijado. Rilke entra en mi número de poetas tenues, leves. Tal vez, en el caso de Rilke haya influido un poco el hecho de saber que andaba siempre en puntas de pie, como con miedo de despertar las personas y hasta las cosas, dormidas o despiertas, y de aventarlas. Pero el caso es que hay en ellos algo que es más frágil, fino, sutil, delgado, tierno, y, en el buen sentido, *femenino;* algo, en fin, que es como una delicadeza transparente, no por eso menos viril.

Dante, por ejemplo, o Hugo, o el mismo Verlaine, no me provocan esta idea. Les veo una macicez rotunda. Quizá ni siquiera el delicadísimo —física y espiritualmente— poeta enfermizo y desvelado que fue Leopardi pertenece a la familia de los poetas de la levedad.

No sé, pero sigo creyendo en esta impresión que he vuelto a experimentar frente a las estatuas de Bécquer, en Sevilla, y de Musset, en París; impresión que desaparecía mientras contemplaba la de Dante, en Nápoles, o la de Camoens ,en Lisboa. (Por otra parte, tampoco la tenía la popular y poética sirenita de bronce —no obstante ser graciosa sirenita— enclavada en una roca del puerto de Estocolmo).

Pienso que mi impresión la han recibido otros; por lo menos aquellos escultores que "retrataron" en mármol a Bécquer y a Musset. Contra el monumento de Bécquer, por ejemplo, conspira el añoso pero firme árbol en que parece recostarse. Como el árbol, echó raíces en el delicioso *Parque de María Luisa*, debiéndose a iniciativa de otros ilustres sevillanos: los hermanos Alvarez Quintero, quienes lo costearon. Lorenzo Coullaut Valera, que también cinceló mármol para Pereda, para Curros Enríquez, para el autor de *Pepita Jiménez*... acarició las formas del poeta y de su inspiración. Todo quedó entre sevillanos, porque el escultor también lo era.

El monumento, por la base, abraza el tronco del árbol, y a su pie, sobre un reborde, hay sentadas tres jóvenes mujeres, también de mármol, en amorosa expresión primaveral. Una tiene flores entre los dedos, sobre la falda, cuyo vestido cae como una cabellera undosa sobre el pedestal. Parece soñar con el mismo poeta que está allá arriba. La otra, cubriéndose con la mano el pecho, mira a lo alto, erguida, el vuelo de sus sueños; y la tercera, cruzando sus dedos a la altura del cuello goza sonriente su recóndita alegría de amor. A dos pasos, en el lugar, hay como un atril con tres anaqueles, de mármol, que cuida una mujer uniformada; pero ésta, viva. Quien lo desee encontrará allí los libros del inspirado cantor, y podrá sentarse junto a las muchachas *vaporosas*, y por un par de pesetas, leer las entrañables *rimas*.

La otra estatua, la estatua de Musset, en París, reposa (1) frente a la *Comédie Française*. El gran poeta tiene su estatua, por fin. No es nueva, pero se la erigió después de mucho tiempo. Francisco Coppée, aquel de prosa tan espiritual, se quejaba en 1887, escribiendo: "...uno de los más grandes poetas del siglo XIX, Alfredo de Musset, nacido en París y muerto hace treinta años, no tiene levantada en alguna de nuestras plazas públicas ni una mala estatua de bronce o de mármol. Y esto, dicho sea de paso, es un verdadero escándalo." Pues bien: Musset está sentado, casi totalmente cubierto por su capa, algo echada atrás la cabeza, hacia su musa envuelta en velos que lo asiste. Es fácil identificar *la* musa de Musset; en su poema *Las noches*, ambos dialogan. Ella le dice en *La noche de mayo:* "Toma la blanda cítara, poeta, / y ven a darme un beso. / Ya ostenta la campestre zarzarrosa / el botón entreabierto. / Esta noche llegó la Primavera; / aletean los céfiros; / y esperando que brille la alborada, / el trinador jilguero / en las ramas se posa, / todas vestidas ya de brotes nuevos. / Toma la blanda cítara, poeta, / y ven a darme un beso." Pero el poeta está triste —triste como la princesa de Darío—, porque también él ha perdido algo. Dice en su poema *Tristesse* (2): "J'ai perdu ma force et ma vie, / et mes amis et ma gaîte; / j'ai perdu jusqu'à la fierté / qui faisait croire à mon génie." Y ella, queriéndole convencer, lo invita tiernamente, diciéndole: "Niño indolente, mira! Soy hermosa. / ¿No recuerdas el beso / primero que te di? Febril estaba / y pálida tu frente. Te vi enfermo, / y en ella puse el labio compasiva. / Tú, llorando y gimiendo, / te arrojaste en mis brazos. Tu amargura / halló alivio y consuelo. / Ibas a perecer de mal de amores; / yo, de esperanzas muero. / Consuélame ahora tú. Los dos orando / el día esperaremos."

Si, a pesar de tanto mármol, no se me disipa la idea de levedad de estos poetas. Ahora pienso que pueda deberse también a la desesperación amorosa que los consumía, transparentándolos, como la misma musa le recuerda a Musset, quien, sentado en su banco, la mira dulce, dolorosamente (3).

Y aquí cierro, por hoy, mi desvelada agenda.

1 Decíase que la estatua iba a ser emplazada en otro lugar.
2 "Poésies nouvelles" (1840).
3 "Las Nuits" (1835) y "Tristesse" fueron escritas después del viaje sentimental que hizo Musset con Jorge Sand por Italia, y la desdichada separación de ambos en Venecia, en 1834.

Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

Gustavo Adolfo Bécquer, cuando tenía poco más de 30 años.

EL "HAI-KAI" EN AMERICA LATINA



NO deja de ser curioso —y expresivo— que en tanto que el "hai - kai", en su versión hispana, ha logrado excelentes cultores entre los poetas de varios países tropicales de América (Ecuador, Venezuela y México, entre otros), ha sido casi nula su presencia en la lírica rioplatense. Curioso y expresivo, hemos dicho. Porque el "hai - kai" significa el mayor ejemplo de sobriedad y concentración poéticas. Y existen todavía quienes quieren poner toda expresión de zonas tropicales como ejemplo de altisonancia y ampulosidad. Así, el hecho de que con los "hai - kai" de los países que acabamos de mencionar se pueda formar una excelente antología poética, viene a desmentir, sin duda, el absolutismo de aquella apreciación negativa, acercando un sector de gran fineza y esencialidad.

El gusto por los temas de Extremo Oriente fue muy intenso en la etapa modernista que lo heredó de los parnasianos franceses. Pero el "hai - kai" no fue cultivado por nuestros grandes modernistas. Y fue sin duda el mexicano Juan José Tablada quien introdujo en nuestra lengua esa forma poética, al menos con el necesario brío, con la gracia necesaria, para lograr imitadores y formar escuela, debiendo agregar que varios poetas —sobre todo el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade— superaron a Tablada en agudeza e imaginación y, además, nada le deben. Quizá correspondía comenzar esta nota diciendo qué es el "hai-kai" ya que no todos los lectores tienen obligación de saberlo. Se trata de una antiquísima forma poética, de origen japonés, que consta sólo de un terceto cuyas sílabas no exceden las diecisiete. En ese terceto, grandes poetas nipones dijeron sus imágenes, vertieron símbolos, contaron sus cuitas o sus alegrías. Y, muchas veces, dieron en vocablos lo que los pintores daban en colores: retrataron flores de cerezo, montañas con nieve, ríos perezosos, puentes curvados, muchachas tentadoras, pájaros, dragones. América ofrecía a los poetas renovadores de nuestro siglo, un campo rico para adaptar el "hai - kai" y reflejar en el terceto nuestra naturaleza, nuestros paisajes, nuestra fauna, nuestra flora. También, para concentrar expresiones íntimas. Y es lo que han hecho varios poetas, ansiosos de síntesis, comprendiendo que a veces una sola imagen vale por un poema. Fue sobre todo a partir de 1920, luego de los ejemplos de Tablada —que había residido algún tiempo en Japón y había regresado a México saturado de poesía— que el "hai - kai" logró expandirse. Y si bien en la actualidad no se cultiva con tanta asiduidad, su influencia no ha sido olvidada, pues el lirismo de los más jóvenes poetas de nuestra lengua, en los países hispano hablantes de América muestra —en su sobriedad y en su falta de toda frondosidad— cierta influencia de aquella síntesis del terceto de exótica raíz.

También el mexicano Jaime Torres Bodet cultivó el "hai - kai". He aquí uno de su obra:

No sabía qué comprar
con sus hojitas de plata,
el álamo en el bazar.

En Brasil, el "hai - kai" ha dado expresión a algunos poemas de Abel Pereira, autor contemporáneo, residente en Bahía. Traduciré uno de su libro "Colheita":

Aún en los desiertos
da la vida a quien lucha
agua y frutos ciertos.

En García Lorca y otros poetas de su época, no es tarea difícil la de ir rastreando influencias del "hai - kai". Pero ahora nos referimos a América, en algunos de sus ejemplos.

Volvamos a evocar a Tablada. De él es este poema:

Aunque jamás se muda,
a tumbos, como un carro de mudanza
va por la senda la tortuga.

Y este otro:

Las cigarras agitan
sus menudas sonajas
llenas de piedrecitas.



En sus "Pequeñas canciones del celebrante" de 1963, el argentino Marcos Fingerit realiza cierto remozamiento del "hai - kai", quitándole todo sentido objetivo y decorativo:

La transparencia
de una sombra de ensueño:
tu amor sin pausa.

Jorge Carrera, basándose en el "hai - kai", escribió lo que él denominó, con bastante razón, "micropoemas". Si bien a veces conserva el tradicional terceto (es imposible, naturalmente, conservar el número de sílabas del poema nipón) en otros casos se ha visto obligado a extender el número de versos, como acontece en "Colibrí":

El colibrí,
aguja tornasol,
pespuntes de luz rosa
da en el tallo temblón
con la hebra de azúcar
que saca de la flor

A su vez, el venezolano Héctor Guillermo Villalobos, ha reducido a dos el número de versos, en este bello poema:

No busques el lugar donde canta el grillo
¡Es tan grande la noche!

Juego, se dirá. Poesía intrascendente. Y ello es cierto. Poesía en tono menor, muy menor. Pero poesía, sin duda, tan buena para el adulto como para el niño, realizando un ideal estético. Alguien podrá agregar que ya en las coplas hispanas y en las criollas hay solidaridad con el "hai - kai". Claro que la hay. Pero la forma nipona busca una mayor estilización, menos carácter confesional, una especie de sutil "pincelada", un confiarse a la pura imagen. También las adivinanzas que aprendimos en nuestra niñez se hermanan al "hai - kai". Recordemos por ejemplo, la del gallo (española de origen y aclimatada en nuestra América):

Alto, altanero,
gran caballero,
gorra de grana,
capa dorada
y espuela de acero

Y sobre todo, nada de exclusivismos. Junto a la suma concentración de estos breves poemas, saber sentir y admirar el ancho y extenso poema sinfónico. La belleza está en las más diversas formas y sólo quienes no la comprendan cabalmente pueden querer encerrarla en un único estilo.

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



SEMANA CRIOLLA

UN público entusiasta ha estado completando las instalaciones del predio de la Asociación Rural, en el Prado, en los concursos internacionales de doma en pelo y en bastos, realizado durante la "Semana Criolla", atracción que lleva consigo canciones y bailes típicos, en un ambiente ruidoso y pintoresco, reciamente viril, con la gracia de lo popular y genuino, espectáculo que ha constituido este año, como en los anteriores, entre los más atrayentes programados y realizados por la Comisión Municipal de Fiestas.

El jurado, que integraban el coronel Domingo García y los Sres. Juan Xalambri, Homero Martínez Lemes, Julián Delfino Madrid y Nemesio Ruiz, dio el fallo siguiente:

Rueda Nacional en Bastos (Premio Andresito)

1º	$ 2.250	Santos Cuadra
1º	" 2.250	José Pedro Souza
3º	" 1.500	Luis Domínguez
3º	" 1.500	Nelsio González
4º	" 1.300	Angel E. Salinas
4º	" 1.300	Alfredo M. Lanz
5º	" 1.100	Raúl Laespada
5º	" 1.100	Amalio Medina

Concurso Nacional en Pelo (Premio Ansina)

1º	$ 3.250	Santos Cuadra
2º	" 2.500	Pascasio de los Santos
3º	" 1.800	Fermín Franco
3º	" 1.800	Roberto Santos

Concurso Internacional en Gurupa (Premio General San Martín)

1º	$ 3.100	Almendro Enrique (U)
2º	" 2.500	Omar de la Villa (A)
3º	" 2.000	Julián Alonso (U)
3º	" 2.000	José Najurieta (A)
4º	" 1.650	Rodolfo Barrios (A)
4º	" 1.650	Juan B. Pereyra (U)

Concurso Internacional en Pelo (Premio Concejo Dptal. de Montevideo)

1º	$ 4.000	Omar de la Villa (A)
2º	" 3.000	Rodolfo Barrios (A)
3º	" 2.500	Isamel Pérez (U)
3º	" 2.500	Almendro Enrique (U)
4º	" 2.000	Osmar Cleri Herrera (U)
4º	" 2.000	José Najurieta (A)



José Najurieta



Alfredo Enrique



Santos Cuadra



Almendro Enrique Omar de la Villa



Roberto Santos



José Pedro Souza



Fermín Franco



Pascasio de los Santos

"CUADERNOS" y "EL DIA" convocan al Concurso del Cuento Uruguayo

La Revista "Cuadernos", de París, que dirige el escritor Germán Arciniegas, invita a través de este diario a los escritores nacionales a participar en el certamen para la selección del mejor cuento, destinado a integrar el volumen de los mejores narradores hispanoamericanos, que se publicará en español y probablemente se traducirá a distintos idiomas.

BASES

1º) *CUADERNOS ofrece al mejor cuento, un premio de 100 dólares, añadiendo EL DIA otro de igual monto, totalizando un único premio de 200 dólares.*

2º) *El cuento premiado se publicará simultáneamente en CUADERNOS, en París, y en el Suplemento Dominical de EL DIA.*

3º) *Los cuentos, que deben ser RIGUROSAMENTE INEDITOS, no podrán exceder de ocho carillas formato carta mecanografiadas a doble espacio, de tema libre.*

4º) *Se enviarán cinco copias, suscritas con seudónimo. En sobre aparte lacrado, que repita al frente dicho seudónimo, constarán nombre, domicilio y número de credencial del autor.*

5º) *El envío debe hacerse hasta el 30 de abril inclusive bajo sobre cerrado, a EL DIA, acotando al frente: Concurso CUADERNOS - EL DIA.*

6º) *El Jurado designado por EL DIA estará integrado por: Sr. Eugenio Alsina, Director del Suplemento Dominical; Srta. Dora Isella Russell, corresponsal de CUADERNOS en el Uruguay; Srta. Marta Brunet; Sra. Laila Neffa de de la Plaza; Sr. Gastón Figueira.*

7º) *El Jurado se reserva la facultad de declarar desierto el certamen.*

8º) *No se devuelven originales.*

9º) *La participación en el concurso supone la aceptación de las presentes Bases.*

Recepción en EL DIA
Archivo – 3er. piso
(de 15 a 17 horas)



Rodolfo Barrios



Juan B. Pereyra



Luis Domínguez



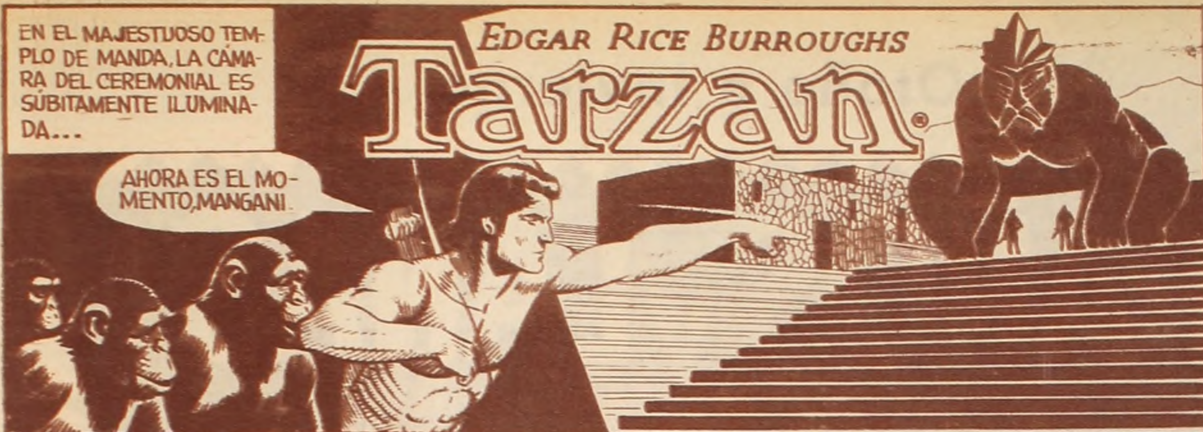
Nelsio González



Ismael Pérez



Julián Alonso


EN EL MAJESTUOSO TEMPLO DE MANDA, LA CÁMARA DEL CEREMONIAL ES SÚBITAMENTE ILUMINADA...
EDGAR RICE BURROUGHS
Tarzan
AHORA ES EL MOMENTO, MANGANI


APROVECHANDO LA SOMBRA DE LAS CHOZAS DE PIEDRA, LOS RESCATADORES AVANZAN PASO A PASO...


DE ACUERDO A UN PLAN, EL HOMBRE-MOÑO DISTRIBUYE A SU TRIBU PARA EL ASALTO CONTRA LOS MANDAS PAGANOS EN UN ESFUERZO POR RESCATAR A SUS AMIGOS...


1686


SILENCIOSA Y EFICAZMENTE LOS GUARDIAS SON CAMBIADOS...
JOHN CELARDO


DENTRO DEL TEMPLO, EL RITO DEL SACRIFICIO LLEGA A UN CLIMA FRENÉTICO EN LA FUENTE DEL FUEGO!....